

*El glorioso montevideano. Vida y obra de José Manuel Pérez Castellano (1742-1815)* (Tomo I, 1989, Tomo II, 1999) es obra de Fernando Mañé Garzón, biógrafo de médicos uruguayos, al igual que Jorge Lockhart y Horacio Gutiérrez Blanco. A la trayectoria de José Pedro Varela y su reforma educativa dedicaron su atención Jorge González Albistur y Jaime Monestier. La vida cotidiana en el Uruguay de Varela y Lorenzo Latorre fue repasada por Enrique Méndez Vives en *La tiza y el sable* (1993). Juan Álvarez Márquez abordó, en el campo literario, la vida de *Susana Soca, esa desconocida* (2001). Además de los aportes de la *Revista del Instituto de Estudios Genealógicos* –de aparición irregular–, Ricardo Goldaracena, Julio Silva y Antuña, Ángel Ayestarán, José María Monterroso Davesa, entre varios, contribuyeron a la tarea de reconstrucción de las familias uruguayas.

En el ámbito histórico que conecta a España con el continente se sitúan *Las consecuencias del tratado de Madrid en la desarticulación de la frontera demográfica de la Banda Oriental. 1750-1761* (1999) de Juan José Arteaga y *El Bien Nacer. Limpieza de oficios y limpieza de sangre: raíces ibéricas de un mal latinoamericano. Del siglo XIII al último tercio del siglo XIX* (2000) de Marta Canessa de Sanguinetti.

## **Entre aniversarios, apoyos y renovaciones**

En vísperas y propiamente en el 150 aniversario de la muerte de José Artigas, la historiadora Ana Ribeiro publicó, con propósito de divulgación, *Los tiempos de Artigas* (seis tomos, 1999) y compiló *200 cartas y papeles de los tiempos de Artigas* (tres tomos, 2000). Arturo Ardao se interesó por *Desde cuándo el culto artiguista* (2001). Con disposición polémica Guillermo Vázquez Franco cuestionó la trayectoria del «Jefe de los Orientales» y otras perspectivas canónicas de la historiografía uruguaya en *La historia y sus mitos* (1994) y *Francisco Berra: la historia prohibida* (2001). En el bicentenario del nacimiento del fundador del Partido Blanco, Jorge Pelfort dio a conocer *Semblanzas de Manuel Oribe* (1992). A los cien años de la revolución de 1897, se publicaron estudios de Ana Ribeiro y de Juan Francisco Faig y Ramiro Tourelles sobre el levantamiento encabezado por Aparicio Saravia. La edición póstuma de *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya* (1990) de Carlos Real de Azúa puso sobre la mesa el debatido tema de la independencia uruguaya. Al mismo asunto, pero con otro enfoque, responde el trabajo de Edmundo M. Narancio: *La independencia de Uruguay* (1992, reeditado en 2000).

La historia de las mentalidades quedó definitivamente incorporada a los estudios uruguayos con la renovadora obra de José Pedro Barrán (1934): *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*: Tomo I: *La cultura «bárbara» (1800-1860)* (1989), Tomo II: *El disciplinamiento (1860-1920)* (1990). Esta línea de investigación había comenzado a prefigurarse en *El Uruguay del 900* (1979), primer tomo de la serie *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, escrita con Benjamín Nahum. Poco después Barrán se introdujo en el tema de *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos* (tres tomos entre 1992 y 1995). Su experiencia en esta área casi sin explorar lo convirtió en la persona mejor preparada para codirigir (junto a Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski) el proyecto colectivo e interdisciplinario de *Historias privadas en el Uruguay* (tres tomos, 1996-1998). Su título más reciente, *Amor y transgresión en Montevideo (1919-1931)* (2001), desata un gran desafío para la imaginación histórica y la capacidad narrativa con la irrupción del historiador en las intimidades recónditas de una época. El predicamento de Barrán se hizo notorio y sus mejores resultados se perciben en los trabajos de Milita Alfaro sobre el carnaval como expresión lúdica de la sociedad.

La historia regional y local fue otra de las sendas recorridas con intensidad en los últimos quince años. Arturo Ariel Bentancur hizo hincapié en el desafío de esta vertiente historiográfica en *Historia regional en Uruguay* (1993). Obra cumbre en la materia ha sido *Historia de los Pueblos Orientales* de Aníbal Barrios Pintos (dos tomos, 2000). Además de la serie sobre los barrios de Montevideo de Washington Reyes Abadie y Barrios Pintos (once tomos entre 1990 y 2001), destacan entre varios títulos: *Montevideo. Escenas de la vida y la historia de la ciudad* (1996) de María Emilia Pérez Santarcieri, *Historia de Maldonado* (1998) de María A. Díaz de Guerra, *Historia de Durazno* (1992) de Oscar Padrón Favre y *Breve Historia de Salto* (1990) de Jorge Fernández Moyano y Raquel Vique de Bourdin. Sobre los orígenes de la Banda Oriental y sus primeros habitantes, publicaron los resultados de sus investigaciones Renzo Pi Hugarte, Aníbal Barrios Pintos, Daniel Vidart, Rodolfo González y Susana Rodríguez, Oscar Padrón Favre, Ángel J. Zanón. En el período se reeditó (1990, 1998) la obra capital de Eduardo Acosta y Lara: *La guerra de los charrúas*.

Los proyectos ordenadores de largos períodos alcanzaron algunas concreciones. *Crónica General del Uruguay* de Washington Reyes Abadie y Andrés Vázquez Romero, iniciada en 1983, llegó a la última entrega en 1995, con la sustitución de Vázquez Romero, que falleció, por Tabaré Melogno. En *Evolución institucional del Uruguay en el siglo XX* (1988),

Oscar H. Bruscherá hizo un balance desde la crisis de los partidos a los ensayos autoritarios. Un panorama de la diversidad de concepciones y desarrollos historiográficos contemporáneos quedó planteado en *Las brechas de la historia* (dos tomos, 1996), bajo la coordinación de Fernando Pita. Con modernos criterios organizativos, Caetano y Rilla prepararon una *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur* (1994). Benjamín Nahum se inclinó por un *Manual de Historia del Uruguay* en dos tomos (1993 y 1995) y una *Breve historia del Uruguay independiente* (1999).

Un conjunto de cronologías documentales sobre los años previos a la dictadura y los posteriores al golpe de Estado (Martha Machado Ferrer y Carlos Fagúndez Ramos: 1987, 1991; Alcira Legaspi de Arismendi, Álvaro Rico y otros: 1989) y la actualización de la ya clásica *Cronología comparada de la Historia del Uruguay 1830-1985* (1997) de Roque Faraone, Blanca Paris, Juan Oddone y colaboradores, se sumaron a otros aportes historiográficos (Carlos Zubillaga: 1989, Ana Ribeiro: 1991, 1994, José de Torres Wilson: 1992, Leticia Soler: 1993, 2000) y bases y recopilaciones documentales (Yvette Trochon y Beatriz Vidal: 1999, Benjamín Nahum y Jorge Balbis: 1991/ 1999) que sirvieron de apoyo al estudio y al conocimiento del pasado uruguayo.

En el período produjeron otros ensayistas como Roberto Ares Pons, Carlos Demassi y Álvaro Rico, dejó de editarse la *Revista Histórica*, falleció el más importante historiador uruguayo del siglo, Juan E. Pivel Devoto (1910-1997), llegó a su fin la revista *Hoy es Historia* (1984-1994) dirigida por Alfonso Fernández Cabrelli y la revista argentina *Desmemoria*, bajo la dirección de Miguel Unamuno, incluyó desde sus primeros números (1993) colaboraciones de historiadores uruguayos (C. Enrique Mena Segarra, Juan Manuel Casal, G. Vázquez Franco, F. López D'Alesandro, etc.) y una sección destinada a Uruguay bajo la denominación «De la tierra purpúrea».

## **De identidades y diferencias**

Los semanarios *Opinar*, *Jaque*, *Correo de los Viernes*, *Aquí*, *La Democracia*, *La Semana de El Día*, cuyas páginas literarias habían contribuido a dinamizar el proceso cultural uruguayo en los años previos a la recuperación de la democracia, fueron dejando de aparecer progresivamente desde 1985. Ocuparon el espacio vacante nuevos proyectos periodísticos en los que se dio relevancia a las secciones destinadas a atender la producción literaria, de teatro, artes visuales, cine y demás espectáculos. *Brecha*, *El*

*País Cultural* (con la impronta de Homero Alsina Thevenet), *Cuadernos de Marcha*, *Posdata* (en particular su separata *Insomnia*), principalmente, alcanzaron un sostenido nivel de aceptación y permanencia. Otros medios de prensa –*Búsqueda*, *La Hora*, *El Popular*, *La República*, *El Observador*, *Mate Amargo*– también prestaron atención a las diversas manifestaciones de cultura.

El ejercicio crítico se volvió consuetudinario y sin mayores sorpresas. Las articulaciones culturales, diseñadas a la sombra de los proyectos políticos de país, pecaron de cierta ambigüedad, tanto en los ámbitos académicos –en particular los universitarios– como en la militancia de las tribunas periodísticas. La propia identidad nacional se planteó como centro de la especulación ensayística ante una crisis acentuada de valores en la que incidieron la ruptura institucional padecida y otros fenómenos locales, regionales y universales que fueron transformando perspectivas y concepciones. Hugo Achugar y Gerardo Caetano compilaron, con criterio interdisciplinario, enfoques variados en *Identidad uruguaya: ¿Mito, crisis o afirmación?* (1992). Achugar publicó también dos libros propios –*La balsa de la Medusa. Ensayos sobre identidad, cultura y fin de siglo en Uruguay* (1993) y *La biblioteca en ruinas. Reflexiones culturales desde la periferia* (1994)– que dan cuenta de un sostenido esfuerzo de teorización sobre los cambios interpretativos y los problemas de representación tras el derrumbe de las utopías y el arribo de la posmodernidad. Desde el campo antropológico, Daniel Vidart propuso, en una serie de artículos, la descripción de lo que presentó como *La trama de la identidad nacional* (tres tomos, 1997, 1998 y 2000).

Nelson di Maggio, Jorge Abbondanza, Alicia Haber, Olga Larnaudie, Alfredo Torres, plantearon, desde la crítica de arte, otros enfoques constructores de la identidad uruguaya. Desde el Museo Blanes, dirigido por Gabriel Peluffo, se impulsó la realización de investigaciones colectivas *Los veinte: el proyecto uruguayo. Arte y diseño de un imaginario 1916-1934* (1999), *Como el Uruguay no hay*, (2000). En el área específica de las artes plásticas, Peluffo dio a conocer *Historia de la pintura uruguaya* (dos tomos, 1999) y Ángel Kalenberg *Artes visuales del Uruguay, de la piedra a la computadora* (dos tomos, 2001).

Más que el magisterio de Jacques Derrida o Gérard Genette, más que la teoría de la recepción, los aportes de los «estudios culturales» –promovidos desde las universidades norteamericanas– fueron haciendo camino en las metodologías y en la concentración de los intereses de estudio. El debate teórico, en el que participaron profesores uruguayos (Mabel Moraña, Hugo Achugar) para cuestionar fundamentos y articulaciones interpretativas de tales aportes, no terminó con la destitución del paradigma como